



Henry A. Petrie

**Viajes que paren relatos
(II)**

Colección: Narraciones

Viajes que paren relatos (II)

Henry A. Petrie

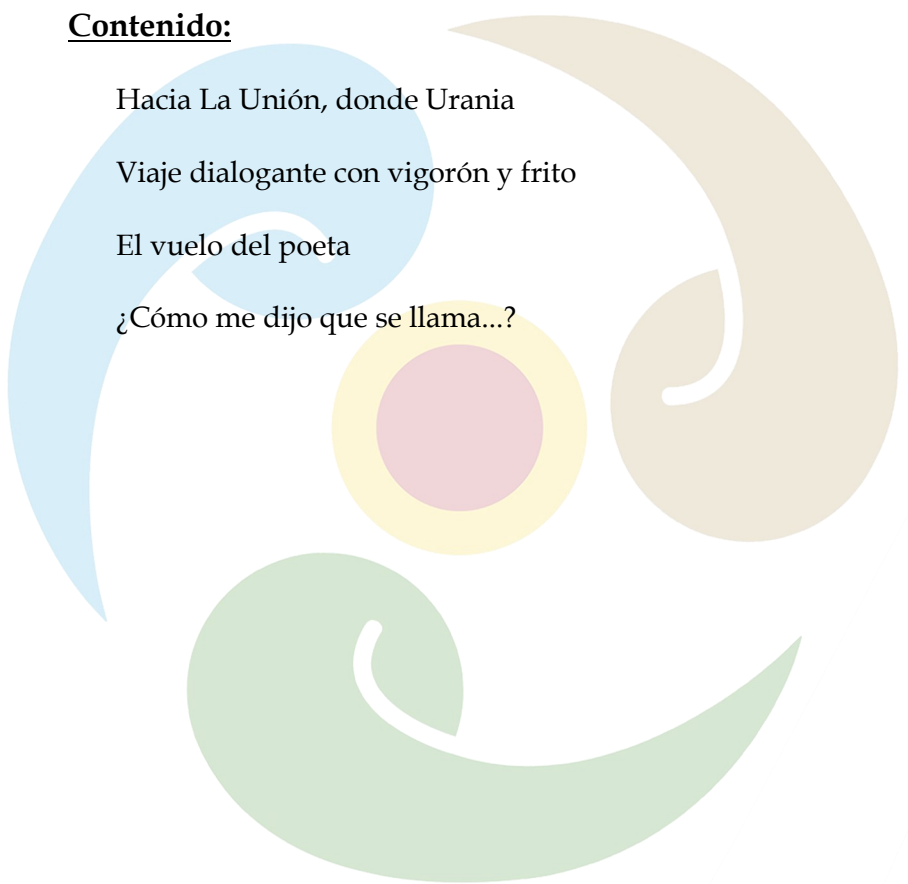
Contenido:

Hacia La Unión, donde Urania

Viaje dialogante con vigorón y frito

El vuelo del poeta

¿Cómo me dijo que se llama...?



Hacia La Unión, donde Urania

Cuando llegué a la Terminal de El Mayoreo, el bus tenía su motor encendido. Ahí me voy, dije, entusiasmado por cumplir una misión más. Al entrar, busqué un asiento del centro que, más o menos, luciera cómodo, pese a que se trataba de un bus rutero, para nada parecido a los que viajan hacia Estelí, Ocotal o Jalapa. A las tres y treinta de la madrugada, arrancó con el sonido escandaloso de su claxon. Según el cobrador, a las diez de la mañana arrimaríamos a Nueva Guinea, después de haber recorrido 282 kilómetros.

Estoy jodido, pensé. Al menos, tres horas transcurrirían para que llegara la iluminación suficiente para leer. Tampoco podía apreciar el paisaje del recorrido. ¿Dormir? No puedo. Jamás aprendí a dormir en vehículos rodantes, avión ni barcos. ¿Trauma? ¡Quién sabe! Cuando se dispone de bujía, voy feliz, el tiempo transcurre como un soplo tras la cantidad de páginas que voy acariciando con mis dedos, aunque últimamente también acaricio la pantalla de mi móvil. Sí, la tecnología, que no ha logrado atraparme del todo, siempre recorro a las páginas de papel. Y sin nadie para platicar. Voy solo. Es decir, no va un amigo a la par, sino una persona que subió en la Zona Franca de la carretera norte de Managua.

Ojos bien abiertos. De pronto un ejercicio ocular. Miraba a través de la ventana la oscuridad del paisaje. Sé que, a unos cuantos metros, hacia el norte, se encuentra el lago. Veo tímidas luciérnagas. Escucho el rugir del motor, las voces del ayudante anunciando el destino: Juigalpa, Nueva Guinea, Juigalpa, Nueva Guinea... Sacos de mercaderías van hacia la canastera del bus. Todo ocurre en la oscuridad y yo, deseando luz, luz, para leer. Mientras tanto, pienso en

Urania y Delvin, más allá de Nueva Guinea, como a treinta kilómetros al sur, colonia La Unión, en la ruta del Canal del chino y Ortega.

San Benito. Giro hacia la derecha rumbo oriente. Siempre la noche. Boicot a mi lectura. No deseo se baje mucho la batería de mi móvil, porque llevo al fondo de la mochila el cargador de mano. ¡Mierda! Debo ahorrar energía para estar bien comunicado con quienes me esperan. Los pasajeros duermen; dos o tres van con sus auriculares en sus oídos. Silencio. Voy despierto, dibujando siluetas en la oscuridad.

Quizá fue después del empalme de Boaco, ya no recuerdo, sonó Por tu maldito amor... hasta reventarme las venas... Va amaneciendo. La neblina que cobija a los árboles va desapareciendo y, los campos reverdecidos son a mis ojos. Me detengo en los colores de esos minutos que fundan el día solar, hasta que advierto hemos llegado a Juigalpa, que a las seis y veinte de la mañana, luce pacífica y adormilada.

Si en la carretera a Masaya son los grupos ciclistas, en la carretera de Santo Tomás es el ganado pastoreado por un hombre mayor de sombrero, montado altivo en su caballo. Se respira mañana con olor a campo, aire fresco con panorama bello.

Pasando La Gateada, a un kilómetro, en dirección hacia Rama, una hondonada. En la copa de un árbol, una bandada de zopilotes, como si estuviesen esperando el aviso del Sol para emprender la carroña. Algún animal ha de estar tendido con sus carnes en descomposición.

El conductor aún no enciende la radio, desea llegar al punto de la carretera donde le entregarán una encomienda y lo espera un buen café caliente. La lluvia repentina

atraviesa la neblina. Otro jinete va empapado, orgulloso del trote elegante de su hermoso caballo, sombrero negro y botas café brillosas, con su mirada al frente, imperturbable. La lluvia es el frescor del jinete en su camino; el viento se encarga de secarlo.

El bus se detiene. Me pregunto si algo se ha descompuesto. Necesito estar a la hora planeada en Nueva Guinea, Urania me espera, sabe que soy puntual, que no me gusta el retraso. No. Nada se ha descompuesto en este bus, es la encomienda y el café que entregan al conductor, con alegría los recibe y se despide. Antes de arrancar, un gran trago de café, como para calentarse y reanimarse. Saborea, traga y cierra el termo pequeño. Reemprende el viaje.

Uno o dos kilómetros más adelante, parada. Aborda un joven cuya piel es de color barro, bien vestido, semblante cansado. Se sienta a la par, al lado del pasillo, yo voy en ventana. Lo saludé sonriente.

—¿Va a Nueva Guinea? -preguntó.

—Sí, vengo viajando desde tempranito -le respondí.

—Yo desde ayer, soy de Rosita.

—¡Chocho! ¿Dos días de viaje en buses? ¿Y qué va hacer a Nueva Guinea, amigo?

—Solo a dejar un dinero a un tío.

Dos días casi completos de viaje, desde Siuna, siguiendo por Río Blanco, Boaco, San Benito, Juigalpa, La Gateada hasta llegar al destino. Sí que es travesía cansada, viajando de noche, madrugada y día; quedándose a medio dormir por una o dos horas en el punto de abordaje a un bus. Y

pues, nos plantamos en conversación amena de sus aventuras. Hasta que llegamos a un punto doloroso...

Sí, en lo que faltaba del trayecto hacia Nueva Guinea, como a cuarenta minutos para llegar, le pregunté acerca del estado de los bosques en Siuna. Él, me observó, como reflexionando lo por decir.

Guardé silencio. Percibí lo que ocurría en su interior, y le dije:

—Si quieres, no hablemos de eso.

Vio su reloj, ojeó hacia las márgenes de la carretera, como para ubicarse en el tanto que nos separaba del destino. Volvió su mirada rojiza hacia a mí, y dijo:

—Eso está terrible. Los españoles entran al bosque solo a destruirlo, matan animales y hasta las aves, no respetan nada. Los bosques son parte del gran espíritu, pero ellos no entienden; lo escuchan y no hacen caso. ¿Por qué tienen que matar los bosques? También están matando los ríos, ya no se respira como antes, y hasta muertos de nosotros...

Lo escuchaba con suma atención, tal cual cátedra intercultural. El joven hablaba con sufrimiento. Por eso se había quedado callado antes, como dejando pasar el dolor que había regresado con mi pregunta.

—Nosotros no sabemos qué ocurrirá con la madre Tierra. La naturaleza nos castigará duro, pero no es mi pueblo el culpable, sino los españoles, los que llegan del Pacífico a arruinarlo todo en nuestros bosques, ríos y aire. Han destruido allá y han venido a estos lados como espíritus malos.

–Pero, los que han llegado del Pacífico no son españoles, son nicaragüenses con espíritu destructor –reaccioné.

–Todos en mi pueblo así los llamamos, españoles. La verdad es que no sé por qué, pero así los llamamos.

–Entiendo. También debes saber que no todos los del Pacífico son así, sino los que tienen mucho dinero y se dedican a explotar recursos en donde los encuentren, como sus bosques, sus ríos, los minerales... -le amplié.

–Sí, es cierto. En Siuna viven españoles que no son como los que matan bosques. Es cierto. Esa es buena gente, vive bien con nosotros. Pero los otros son malos espíritus que cortan árboles y cortan y cortan... y hasta animalitos matan, nos están dejando sin nada...

Ya estábamos a un kilómetro, cuando él se acordó de hacer una llamada telefónica al tío, para anunciarle que estaba entrando a la ciudad. Que de ahí tomaba el camión para dirigirse hacia donde él, como a tres o cuatro horas, aproximadamente.

–¿No te quedas en Nueva Guinea? –pregunté.

–No. De ahí voy a La Fonseca –respondió.

–¿Y eso está a cuatro horas?

–Sí. Ya estoy ahí no más...

Vaya, me dije mentalmente. ¡Clase viaje el de este joven! Dos días completos, prácticamente. Y yo que pensé que concluía en Nueva Guinea. Pero nada, continuó más hacia el sur. Bueno, yo también voy hacia el sur, a 30 kilómetros más en carretera no asfaltada, hacia La Unión, donde me espera Urania.

Llegué a la terminal de buses en el mercado de Nueva Guinea. Llamé a mi amigo Eugenio López Mairena, vicerrector de la URACCAN, para que mandara por mí, como habíamos quedado. Escasos quince minutos llegó por mí en su camioneta, me llevó a su oficina en la universidad y conversamos de futuras iniciativas culturales. Después del almuerzo en su casa, con la compañía de su esposa Damaris Marileth, me puso de nuevo en el mercado, donde tomé el camión rumbo a La Unión, que salió exactamente a 1:30 p.m.

Ahí iba, bien sentadito en la banca izquierda del camión IFA. Salió con unas cuantas personas, en el camino se subió más gente, pero jamás se llenó totalmente. Recordé el viaje que realicé con Mauricio Paguaga Rivera, de Wiwilí a Plan de Grama y viceversa. Solo que ahora iban más sacos de sandía, repollos, papas, cajas repletas de tomates, entre otros productos.

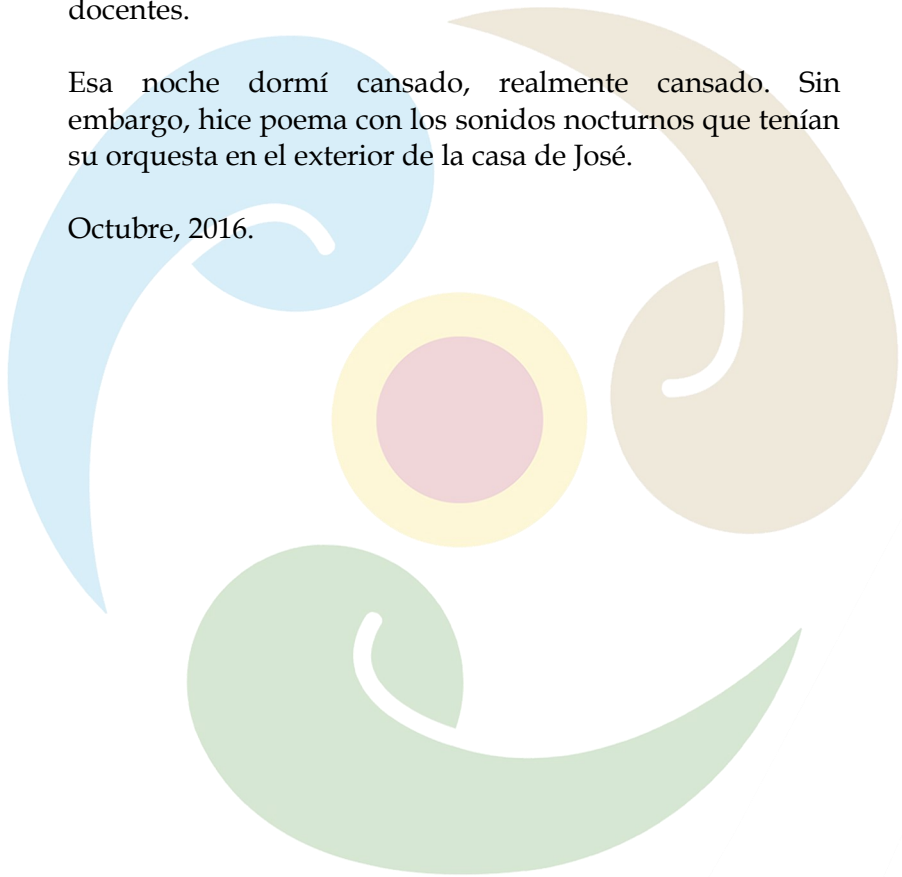
Zarandeo, zarandeo y más zarandeo... Yo, de un lado a otro iba observando el camino. Jamás había penetrado hasta ese lugar. Desde mis visitas a Nueva Guinea durante la Cruzada Nacional de Alfabetización, todo estaba muy transformado. En 1980 aquello era una selva con fangos, chayules y mosquitos incluidos, siempre andábamos con botas y capotes, llovía constantemente. Pero nunca había entrado en una de las colonias hacia el sur, donde vive mi amiga, la poeta Urania. La poeta de la selva, porque a pesar del despale, existen zonas que resiste y se conservan aún, bosques con sus cascadas y saltos.

«En la segunda parada se baja, poeta. Delvin estará esperándolo para conducirlo hasta mi casa», me dijo Urania a través del móvil. Así fue. Ahí estaba él. Bajé, nos saludamos y emprendimos la breve caminata hacia la casa de la anfitriona, quien estaba acompañada del grupo musical que dirige José.

El abrazo y el beso en mejillas. La sonrisa de Urania es amplia. Saludé a cada integrante del grupo musical La voz de la naturaleza, al esposo de mi amiga, sus hijos y un par de muchachas que ahí se encontraban. En seguida, la música, la cena con güirila y cuajada, la conversación amena acerca de ACIC y, al día siguiente, el taller con docentes.

Esa noche dormí cansado, realmente cansado. Sin embargo, hice poema con los sonidos nocturnos que tenían su orquesta en el exterior de la casa de José.

Octubre, 2016.



Viaje dialogante con vigorón y frito

Arnulfo Agüero llegó puntual a mi casa, a las 7:30 a.m. para tomar el café. Luego, a las 8:15 emprendimos la caminata hacia la terminal de buses del mercado Roberto Huembes, para abordar el bus rumbo a Granada.

Seré yo o serán los amigos, pero con cada uno o grupo de estos nos volvemos eternos en la plática politemática, de un tema a otro y así, de pronto se retorna, se dan saltos o se hacen paréntesis; por lo general, salpicada de humor y picardía.

Ahí estaba el bus, esperando pasajeros y a que sonara el silbato de salida. Como ya tenía cerca de tres meses de no viajar hacia aquella ciudad, me cercioré de la tarifa porque en este país, en materia de precios, suben y se toman mucho tiempo para que, en centésimas, bajen. Vi la información que ubican en el interior, parte superior del área de la conducción. Parece que ha subido un córdoba, le dije al amigo. Escogimos uno de los asientos delanteros, en el lado izquierdo. Yo en ventana y él en pasillo, dispuestos al viaje y al encuentro con Gabrielito, el de los ocho cuentos publicados en el periódico en Hoy, con tan solo once años.

Vendedores entraban y salían repletos de ofrecimientos y gargantas frescas, enérgicos. Nosotros, en la continuidad de los temas interminables, entretenidos durante todo el viaje.

Arrancamos. Abandonamos la terminal y tomamos la pista que, para mí, es la más convulsionada de la Managua oriental, tanto así que en sus horas pico, el trayecto Huembes - la Centroamérica, que a pie duro no más de

quince minutos, en bus o vehículo se dura hasta cuarenta minutos. Claro, recorrer dicho trayecto en este tiempo excesivo, para un lector viajero es beneficioso porque se avanza en la lectura; pero, para alguien que lleva todo el apuro del mundo, resulta una contrariedad.

Por eso, como buen caminante y viajero se debe tener cierto sentido del tiempo y de la puntualidad, razón por la cual siempre hay que prever sustos y contingencias: embotellamiento, colisión o desperfecto mecánico. Se debe poner el tiempo a favor, jamás dejarse atrapar por este; uno determina su acción y transcurso.

Después del trayecto azaroso a esa hora de la mañana, íbamos en lo nuestro, la eterna conversación, recordando anécdotas simpáticas de nuestra amistad, a los amigos no vistos, hablando de poesía y narrativa, de la educación en este país, de los poetas fallecidos: Raúl Orozco, Fernando Silva, Vidaluz Meneses, Carlos Rigsby, Ana Ilce Gómez, Cabrales... episodios de CMR, sus dibujos en paredes, su conciencia e inconsciencia; la política, y por supuesto, ACIC, su proyecto estratégico, sus sueños, pero sobre todo, su constancia y pasión en lo que impulsa y promueve.

De pronto, habiendo conversado y ahondado tanto, entre risas, bromas, recuerdos y enfoques críticos, Arnulfo se inquietó por el trayecto. ¿Por dónde vamos, Petrie?, preguntó. Estamos llegando al 14, a la entrada de Ticuantepe, le respondí. No puede ser, Petrie, pensé que ya estábamos llegando a Granada. Siento que hemos conversado un siglo y esto apenas va por aquí, replicó contrariado.

Claro, existen pláticas que pasan revistas de grandes trechos de tiempo, pero en realidad son fragmentos del presente, instantes contenidos en un determinado espacio.

Me ha sucedido cuando viajo solo, leyendo un libro donde recorro grandes distancias y un cúmulo de años en tan solo cuarenta minutos, entre ruidos de motores, pláticas varias, pregones y hasta canciones que suenan en los parlantes de los buses. Sin duda, transcurrieron dos tiempos paralelos, el físico que va sobre la carretera y el contenido en nuestros temas, en las construcciones imaginarias.

—Sucede, Arnulfo, que nuestro tiempo está más acelerado que la velocidad que lleva este chunche. Recuerda que estos buses estiran su tiempo con paradas insistentes, recogiendo pasajeros o llamando a todo el mundo para que aborden. Mientras nosotros estamos en otra dimensión —le dije.

Siendo el tiempo en sí mismo y en cada quien, con medida horaria o sin esta, llegamos a la terminal de Granada, aún con temas inconclusos y otros tantos en espera. Suspendimos. Salimos del bus. Petrie, comamos algo por aquí, hemos llegado antes de la hora. Acepté y lo conduje afuera de la terminal, donde una robusta señora vende vigorón y frito granadino. Nos acercamos y le pedimos dos servicios con sus respectivos refrescos. ¿Para llevar o comer aquí? Aquí. Siéntense en esa mesa, nos ordenó. Y enseguida, una hermosa joven de aproximados veinticinco años, achocolatada y sonriente, limpió y arregló la mesa.

Cómodamente sentados en plena acera, pretendimos retomar el hilo de la conversación, pero enseguida nos atrapó el espectáculo de la señora que preparaba los platos, la montaña de chicharrón sobre su mesa, las palanganas de yuca bien reventada, trozos succulentos de fritos y la abundante ensalada. ¿Podemos coger de este chilero?, preguntó Arnulfo a la joven. No, les pondré otro más fresco, dijo sonriente, un tanto coqueta. Nos instaló en el centro de la mesa un gran frasco de aquellos que las

pulperías de antaño utilizaban para introducir los puros de viejos, las ciruelas y leche burra. ¡Qué bien! Se ve exquisito, expresé. Ella sonrió. Señora, dijo Arnulfo, mire el nivel del chilero que está poniendo la joven, ya verá cómo este señor que me acompaña se lo vaciará. Ya verá usted, este señor es arrecho al chile. La señora soltó una elegante carcajada y dijo: No creo, con costo media cucharada porque está que se lo lleva diablo. Ya verá...

Frente a nosotros dos hermosos platos de vigorón, frito y suficiente ensalada, más dos grandes vasos de refresco de Chía con bastante hielo. Arnulfo me dio el suyo, porque se cuida la garganta sin ser cantante. Pidió gaseosa. Ni modo, succulento plato con dos vasos de refresco. ¡Qué buen desayuno! ¿Cómo le iríamos hacer donde Gabrielito? Sus padres nos esperaban con desayuno, también.

Una, dos y tres grandes cucharadas de cebollitas picantes. El diablo no era tal. ¡Mire señora!, se lo dije. Este señor dejará el frasco vacío, dijo Arnulfo. Ella observó el frasco, clavó sus ojos en mí, seria, quizá sorprendida. ¿Será que me deje a pie sin el chilero?, seguro pensó.

Pero no. Solo fueron tres cucharones de cebolla picante. Y le sonreí, diciéndole: No se preocupe, señora. Con esto es suficiente. Y vea usted, el descenso del chilero no fue nada. Así es que tiene para toda la semana. Ella sonrió aliviada, y dijo: Espero que no me aparezcan clientes come-chile como usted, porque entonces no me dura un día.

El momento se tornó folclórico, muy ameno, pero había llegado la hora de encaminarnos hacia la casa de Gabrielito, siguiendo la dirección que nos brindó su padre.

Ambos, con el estómago lleno, nos dispusimos a caminar. ¿Para qué tomar un taxi si es por aquí no más? Además, las

cuadras granadinas no son como las leonesas. Así es que a caminar para bajar el vigorón con frito, dije. Arnulfo respondió con una esperanza: Ojalá que se les haya olvidado hacer desayuno.

La dirección no estaba exacta. Preguntamos como es habitual entre nicas y pues, de aquella esquinita dobla izquierda una cuadra a la derecha y despuesito de nuevo izquierda, llegan a la otra esquinita y para allacito... ¿Entendiste, Arnulfo? Bueno, vayamos hacia donde nos han dicho, a ver qué tal...

Y así fue que para qué lo repito. Llegamos. No sin volver a preguntar a una joven que conducía un vehículo. Parece que es ahí, nos indicó. Claro, parece... Me asomé y en efecto, ahí estaba Gabrielito. ¡Hola, profesor! De inmediato su padre, el saludo y Arnulfo, que no entiende mucho de preámbulos, comenzó su labor con el niño lector y narrador.

—Profesor, si desea, para mientras el periodista hace su trabajo, le puedo servir tres pupusas que yo mismo he elaborado. Usted sabe que mi esposa es salvadoreña, pero yo las elaboro mejor que ella, porque me encanta la cocina. Vamos a la estufa, le serviré su desayuno porque de seguro trae hambre —me convidó Carlos, el padre de Gabrielito, que estaba muy contento con nuestra visita y orgulloso de su pequeño hijo.

Ustedes qué dijeron... ¡Por supuesto que no tuve valor para despreciar tanta hospitalidad de nuestro anfitrión! Me retorcí la panza como culebra y, ¡adelante! Que el anfitrión no se ofenda. Nos instalamos en una plática sabrosa de países y culturas, mientras iba consumiendo dos pupusas grandes como si de concurso comilón se trataba y Arnulfo se empeñaba en preguntar al pequeño autor.

Concluida la visita y de regreso a Managua, con las mismas características del viaje de ida, llegamos a la Terminal del Huembes, de nuevo. Mientras él esperaba a un conductor de La Prensa y yo a mí hermano que estaba pronto a recogerme, se nos arrima un hombre que, según Arnulfo, apestaba a alcohol. Yo, la verdad, no lo miré tan mal, pero bueno, mi amigo tiene olfato canino. Este último personaje selló el final de nuestro viaje, al pedirnos no cinco córdobas para el trago, sino dos piezas de pollos para comer.

–¡Chocho, Arnulfo! Ya viste, sin duda estos son otros tiempos -le dije.

–De pronto nos van a pedir un servicio de arroz chino -respondió.

Diciembre, 2017.

El vuelo del poeta

I

Desde la primera vez que monté un aparato volador, me quitaron el miedo a pija. No recuerdo mi edad exacta, creo que andaba en los siete años. Fue para cuando a mi hermano Eddy José, menor once meses, le dio la chifladora. Pasados algunos años, jamás entendí por qué en esa época se concebía como cura el vuelo acrobático en avioneta.

Mi abuela Lupe no era santera, pero admiraba a San Martín de Porras; tampoco se andaba con rezos ni rosarios, ni creía en eso que llaman «temor a Dios.» De alguna forma topó con alguien que la convenció de la cura para la tos de mi hermano, y resolvió darnos, junto con ella, un paseo en avioneta.

Al inicio, mi hermano y yo montamos emocionados. Alzamos vuelo y nos vimos suspendidos en el aire. Al poco tiempo danzábamos sobre el lago Xolotlán. Hasta aquí, todo bien. Pero luego, no escuchamos motores y la avioneta caía en picada. Eddy gritó desesperado, quiso abrir la puerta y salir, la golpeaba furioso con pies y manos. Nuestras narices estaban en dirección a las aguas del lago, yo estaba inmóvil y helado. Jamás se me ocurrió cerrar los ojos, sí recuerdo que llevaba tensas mis mandíbulas. De nuevo los motores -para mí lo habían apagado y encendido después-. El aparato se niveló y giró hacia un lado. Mi hermano en su rabieta y yo en mi parálisis. Sus gritos eran desgarradores, tiraba patadas, se retorció y su rostro se puso rojo encendido, a punto de reventar. El copiloto se giró hacia el asiento trasero, el de los pasajeros, en su intento de calmar a la fierecilla, pero nada. Él continuó su rebelión sobrepasando las fuerzas de mi abuela Lupe que lo abrazaba. Dejaron de sonar los

motores, abrí aún más los ojos, intuí lo que se venía, y en efecto, otra picada aún más severa. Gritos y llantos enmudecieron. Íbamos directo al lago. Si antes lo miraba alejado, en este momento ya sentía ahogamiento, quizá mi asma. Las mandíbulas continuaban tensas, muy tensas, hasta que la avioneta retomó el curso normal. Los gritos de nuevo, a medida que descendíamos bajaban de intensidad. Mecido suave, descenso, la pista se avistó y aterrizamos.

Cuando salimos de aquel aparato infernal y pisamos tierra, yo estaba tembloroso, con costo me sostenía en pie. Mi hermano se empurró tanto que solo quiso salir de aquel campo de aviación, recuperando su color. Yo no llevaba color. Según contaba mi abuela a carcajadas, iba muy pálido y mis manos eran un enjambre sísmico.

Aquel año era 1968, aproximadamente.

Yo no sé si esta experiencia curó a mi hermano de la chifladora. Pero sí sé que cuando viajé por primera vez al exterior, me decía insistente que nada podía ser peor que aquel vuelo acrobático sobre el Xolotlán.

II

Pedro Alfonso Morales y yo debíamos viajar vía aérea a Bilwi, un vuelo de una hora y veinte minutos, para juntarnos con Fernando José Saavedra, nuestro anfitrión, con el propósito de cumplir con un apretado programa de trabajo, en el marco de la celebración de los treinta aniversarios de la autonomía en la Costa Caribe de Nicaragua y los veintitrés de la URACCAN.

Él llegó a mi casa un día antes del vuelo, el 10 de octubre. Me llamó al celular como a las cinco y media de la tarde. El taxi lo había llevado a un punto inexacto y andaba

extraviado. «No fregués, creo que ando perdido», me dijo. Me dio las referencias del sitio donde se encontraba, justo a unos cuantos metros de mi casa y me encaminé a su encuentro. Nos dimos el abrazo acostumbrado y lo convidé a continuar.

Llegamos a casa, pusimos las maletas por ahí y nos instalamos en la plática previa. Media hora después, se acomodó en el cuarto de mi hija Sharon, a quien siempre pregunta por libros leídos y cuentos escritos. Sandra María, mi esposa, nos llama –casi ordena– para cenar; como ese día cumplimos un año más de matrimonio, preparó arroz a la valenciana (hechizo), que Pedro Alfonso, tan cortés y amable, elogió pese a su extrema sencillez.

Cumplida la tarea apetitosa, nos hicimos las señas acostumbradas para proceder a lo espirituoso. Hicimos la breve caminata hacia La bajadita, la pulpería bar de doña Chepita y don Roberto, para consumir entre los dos, un trío de litros de cervezas bien frías y aprovechar para afinar detalles del programa en Bilwi.

No habíamos acabado el primer litro, cuando Pedro me dijo: «Yo jamás he viajado en avión, no fregués.» La primera aventura en los aires lo tenía preocupado. «No me gusta andar por ahí arriba. Si voy es porque deseo conocer la realidad caribeña, porque es una misión de ACIC y porque voy con vos, no fregués.» Va conmigo, me dije mentalmente, como si yo pilotaría el avión de La Costeña.

Al inicio pensé que estaba haciendo el cuento, como yo también suelo hacerlo, ubicándome de protagonista en supuestos para experimentar sensaciones diversas. Él, tan cuentista como yo, seguro estaba haciendo lo mismo. A medida que transcurrieron un par de horas en La bajadita, me convencí que su preocupación era real. El poeta

Morales no había viajado nunca en avión. Los vasos de cervezas y la diversidad de temas de conversación, atenuaban su temor, así creí.

Bien. A descansar. Llegamos a mi casa con un litro más. Sandra, mi hija Sharon, mi sobrino Harry y yo, nos divertíamos con la chacota que hacía el poeta acerca del viaje, quizá liberando tensiones o preparándose para el momento de abordaje. Yo le daba confianza, todo saldría de maravillas, nuestra misión ACIC en Bilwi era importante. Pero, yo no sé cómo, se me salió el jodedor, y dije: «De todas formas, poeta, si acaso ese avioncito cae, mire qué bonito: dos tauro muy amigos, considerándose hermanos, se irían juntos. ¿Qué le parece?» Soltó la carcajada nerviosa, llevándose su mano derecha al pecho, y dijo: «No me digás eso, Henry, que soy capaz de quedarme dormido. Ahí te vas solito en ese avión y le decís a Fernando que me dormí o que me enfermé en tu casa.»

Botella de cerveza vacía, cierre de la plástica. A dormir.

III

4:00 a.m. Suena la alarma. Despierto. Voy a la ventana de la habitación donde está Pedro Alfonso. Lo llamo. Responde. Me aseguro que se levante y vaya al baño. Hago lo mismo. Luego de los arreglos personales, salimos de nuestras habitaciones y nos concentramos en el área de comedor, junto a la puerta de salida, donde juntamos las maletas. Él, callado. Nos cercioramos de que nada se quede. Llamo a mi sobrino Harry para se ponga en disposición con el vehículo de su novia. ¡Listo!, dice. Acomodamos maletas en la cajuela y nos despedimos de mi esposa. «¿Se siente bien? No se preocupe, ahí le meterá plástica Henry», ella se dirige a Pedro. Él sonrió levemente.

El vehículo arrancó. Managua aún está oscura; calles descongestionadas. Vamos en silencio. No interrumpo la concentración de mi amigo. Aeropuerto, justo en el área de La Costeña. Nos sentamos y a esperar unos minutos. Lllaman y a checar. Pedro mete en carga su maleta grande. Yo, nada. Los dos bolsos los llevo a manos, ligero de equipaje.

Pagamos impuesto de aeropuerto y pasamos la revisión. En sala de espera acomodamos maletas y al café. ¡Mierda! Está que hierve, para él está bien, para mí es un infierno, por lo lengua de gato que soy. De pronto, sus ojos se dirigen hacia los ventanales de vidrio, donde se encuentran dos aviones pequeños y otro más grande de la misma línea aérea. En el intento de relajarlo, invento la plástica pasajera para diluir el trago amargo.

Al abordaje. Entregamos nuestros pases y nos encaminamos en una irregular fila india, hacia uno de los aviones pequeños. Voy atrás de él.

IV

Subimos la escalinata. Penetramos y seguimos el pasillo estrecho. Escogimos asientos a mitad del avión, nos sentamos juntos. Le sugerí que tomara el asiento de ventana para que apreciara el panorama exterior con vista abajo, una vez en las alturas. Callado, accedió. Cinturones de seguridad. Pedro Alfonso apreciaba a través de la ventanilla la pista del aeropuerto, hasta cuando el avión se movió. Le metí plástica. El avión avanzó en posición de despegue. Giró y avanzó. Se detuvo. De piloto una hermosa mujer, sí, piloto y no pilota, estarán de acuerdo las expertas sexistas que suena feo. La admiramos.

El copiloto anunció el tiempo de vuelo a una velocidad inentendible. La piloto, aferrada al timón, despega y emprende la marcha. «Mirá, Pedro, estamos rodando.» Silencio. Él observaba cómo nos desplazábamos en tierra. Guiñón. «Nos alzamos, poeta. Mire cómo nos alejamos del suelo.» Pedro miró, pero de inmediato volvió sus ojos a la piloto. «Es hermosa, ¿verdad, poeta? Fíjese que a mí me gustan las mujeres así, ¡penconas!», digo en el intento de sacarlo del temor expresado en su rostro. «Sí, ella es hermosa y valiente. No sé cómo le hace para andar en los aires», me dice.

El avión estaba en los aires. Abajo, reminiscencias de Managua, el Xolotlán, Tipitapa, las montañas centrales y unas cuantas nubes que atravesamos. El día estaba fabuloso. Sugerí a Pedro que apreciara la superficie de Nicaragua, medio lo hizo o simuló hacerlo. Iba nervioso, lo percibí y dejé de joder. Cuando el avión alcanzó la altura requerida, anuncié a Pedro que continuaría la lectura en mi celular de *La milla verde*, de Stephen King. Él hizo lo mismo, sacó su libro del bolso que llevaba en mano y se puso a leer también. Lo iba observando con cuidado, que no se diera cuenta. Estaba seguro que le sucedía lo mismo que al grandote de David Róbinson, el amigo escritor panameño que sufre de vértigo. Recordé en silencio, sin hacerle el cuento a Pedro Alfonso, cuando lo llevé al tope de los santos en Diriamba, estaban las fiestas de San Sebastián –Guachan, le dice Osler Francesco–. Cuando el microbús interlocal pasó por El Crucero, el grandulón no podía ver a los lados, puso las manos juntas en su rostro y los codos bien puestos en sus rodillas. El hombre en su vértigo hacía un esfuerzo supremo de concentración, para no levantarse y obligar al conductor a detenerse. De no haber aguantado el trance, lo hacía. Y qué hubiera hecho yo con semejante gigante, si la altura del microbús le llegaba a la barbilla. El panameño grandulón iba

enconchado, aterrado, llamando a saber qué espíritus para que todo pasara rápido.

Así estaba viendo a Pedro, más que leyendo, haciendo tremendo esfuerzo para olvidar que iba en un avión pequeño a una altura de mejor no me contés.

«Es el vértigo, poeta. Me da miedo la altura. Yo soy un hombre de tierra y es la primera vez que viajo en estos chunches, te lo dije ayer. Vos porque has viajado bastante...», me dijo. Y de pronto se me sale un duende, como el del jalapeño Mauricio Paguaga con su marimba de chavalos, respondí, según yo animándolo: «No jodá, poeta, cómo va ser posible que siendo un año mayor que yo, tengas miedo a estos chunches. No te preocupés, Pedro, disfrutá la vista. Mirá allá, asoman las grandes culebras de agua. No seás tonto y disfrutá, que con esa hermosa mujer que llevamos de piloto estamos más que seguros. Si estás de miedoso te chillo con doña Toval.»

El poeta viraba su rostro hacia la ventana, pero en seguida volvía al frente; tomaba su libro y hacía que leía. Yo también continué mi lectura, según mi reloj hacían falta veinte minutos. Al rato, se anunció el descenso hacia la ciudad de Bilwi. Cerré y guardé el celular donde venía leyendo y me acomodé para apreciar el mar Caribe en su esplendor. A Pedro lo dejé tranquilo, momentáneamente. Según él, leía.

Guiñón. Pedro reaccionó y preguntó si estábamos pronto a llegar. Se lo confirmé. El mar Caribe tras la ventana de Pedro; se apreciaban algunas embarcaciones pequeñas. No me aguanté, mi amigo debía observar el bello panorama. Lo insté a que lo hiciera. Mirá, mirá, Pedro, le dije. Hizo la mueca y pensó que no lo había cachado. Insistí, «Pedro, mirá desde arriba el mar Caribe, como los dioses... ¡Es

maravilloso, hermano!», traté de animarlo, pero nada. El poeta solo miraba de reojo. Sus labios los llevaba morados y yo, extasiado con aquella belleza, le señalaba con mi índice derecho los detalles naturales. «Es verdad, poeta, los tauro somos de tierra. Pero cómo te vas a perder esta linda vista del mar Caribe. Asomate, hombre, como los dioses», le dije.

No hubo forma, Pedro Alfonso evitó ver abajo. Guiñón. Pista al frente. Llantas hicieron contacto con la tierra. El poeta en silencio. Se cercioró que todo había salido bien. Se vio las manos, su abdomen abultado como el mío, sus piernas. La orden de levantarse, hasta que se apagara el motor. El avión avanzó sobre la pista y se aparcó. Pedro volvió a la vida, recuperó el color, la sonrisa y hasta se atrevió a joderme: «Henry, mirá qué bonitas son esas palmeras de allá.» «No jodás, Pedro, ¡hasta cuándo te fijas en palmeras! ¿No ves que ya estamos en tierra? Mar, embarcaciones, costa, la ciudad y sus palmeras se ven mejor desde allá arriba», le respondí. «No fregués, yo las miro mejor desde aquí en tierra», dijo riendo.

Ya estábamos en tierra y el poeta Pedro Alfonso, por supuesto, estaba envalentonado, contentísimo de haber llegado sano y salvo a Bilwi, la primera ciudad del Caribe nicaragüense que visitaba.

V

En realidad, uno no deja de pensar en la posibilidad de caída de un avión. Ha sucedido y continuará sucediendo por las razones que sean. Si hasta las naves extraterrestres han caído, ahora un avión de estos...

Uno puede tener muchas horas de vuelo, sin embargo, siempre estará latente la posibilidad de cualquier evento

inesperado. Siempre abrazo la idea que lo importante es el viaje, la aventura, la experiencia, esa expectativa de lo que uno pueda encontrar al final. Nada nos hace más vitales que el mismo hecho de ser mortales.

Gocé la aventura con Pedro Alfonso, amigos desde hace varios años. Lamenté el hecho de que no hayamos podido regresar juntos, él debió cumplir con un compromiso académico en la ciudad de Matagalpa. Hubiéramos consumido buenos tragos dobles de ron mientras voláramos. Quizá, con la experiencia de ida, la venida hubiera sido fabulosa en el avión grande, a lo mejor ambos hubiéramos coqueteado un tantito, solo un tantito, a la azafata. ¡A lo mejor!

Noviembre, 2017.

(Nota: el vuelo con Pedro Alfonso se realizó el día miércoles 11 de octubre del 2017, a las 6:10 a.m.).

¿Cómo me dijo que se llama...?

Me dirigí a Estelí en busca de tres firmas. En la Asamblea General de ACIC cometimos un error y hubo que anular el acta levantada en León, hacer una nueva con todos los datos que se habían omitido en la anterior. Para estar en cumplimiento cabal de nuestras obligaciones ante el Ministerio de Gobernación, dediqué toda una jornada de viajes hacia los lugares de origen de los assembleístas; cada uno debía estampar su firma en el libro de actas.

En varios viajes ha surgido algo que, de pronto, al escribirse, el lector podría darme el crédito de buen inventor. En realidad, he llegado a entender que el creador fluye de la realidad a la ficción y de esta a aquélla, haciendo amalgama.

Dirán que como escritor exagero. Pero nada. Sucede que los hechos ocurren, se articulan y la mente también viaja. Surge la historia, sobre todo cuando los viajes resultan amenos o interesantes, al margen de mi voluntad. Hay hechos que son alucinantes.

A Estelí llevaba un cometido, encontrarme con Helen Cristina, Carlos José y Federico. Jamás salí de la Cotrán sur, solo iba al saludo, la conversación brevísima, la firma y de regreso a Managua. Lo ocurrido en el bus fue más intenso y extenso que mi estadía en este sitio. Mi lectura acostumbrada fue interrumpida por una rara propuesta de conversación que resultó un trago amargo con caramelo, o algo parecido.

La señora iba sentada a mi izquierda profundamente dormida. Yo en ventana y ella en pasillo. Sus ronquidos provocaban risas de pasajeros cercanos. La llevaba al oído,

pero mis andanzas en estos buses me han hecho más tolerante, concentrándome en el libro. Luché por no taponarle su boca para que no siguiera en su nacatamalera.

El bus avanzaba y yo leía. A la altura de Sébaco, justo al girar hacia Estelí, su cabeza se posó cómoda en mi hombro. Suspendí, cerré por un momento el libro, traté de girar mi cabeza para verla. No pude. Sus cabellos acariciaban mi cachete izquierdo. El bus, después de una breve parada, continuó. La dejé soñar su nacatamalera con mi oído izquierdo al borde de la sordera. Lo permití, no hice movimientos que la molestaran por aquello del abuso o acoso sexual, aunque enseguida lo pensé al revés, aquella mujer me llevaba jodido con su ruidoso sueño. Y, sin embargo, para ver cómo concluía aquello, la dejé proseguir.

Me hice a la idea de que se trataba de una conocida muy cansada, que había encontrado en mi hombro su descanso. El bus se detiene en La Trinidad, de aquí es Carlos José, ¿ya habrá marchado hacia Estelí?, me pregunté. El bullicio de vendedores la despertaron. Me quedé tranquilo, sin moverme, no vaya a ser... Cuando percató dónde había reclinado su cabeza, se asustó. Me ve con extrañeza y, en vez de disculparse o agradecer, me dijo que la vida estaba hecha un rollo agitado y muy desprendida de dios, porque «nuestro señor Jesucristo vino al mundo para darnos paz y salvación, pero el hombre de hoy se está perdiendo. ¡No! ¡Ya está perdido por su codicia, borrachera y lujuria!» Yo la atendía por cortesía o educación, esperando diera punto final. Pero, qué va, prosiguió:

—Ya ves, cuántos hombres han matado a sus mujeres, no respetan a madres ni a hijas, también las violan. ¡No, si esto ya está podrido! Pero nuestro señor Jesucristo ha comenzado a cobrárselas... ¡Y muy feo! Él hará del mundo

pinolillo, ya verá usted. ¿Cómo me dijo que se llama o lo llaman?

–No le dicho mi nombre, señora –respondí.

–Aaah... A pues yo soy Terencia y nací en Teoste. Hasta allá voy y vengo de donde mi pastor de Managua. ¡Uy, muchos carros allá! ¡Cómo se tragan la ciudad esos chunches! Pero, ¿cómo me dijo que se llama o lo llaman?

Continué en mi negativa. La escuchaba por interés psicosocial, en mi mente grababa sus palabras y expresiones, mientras el bus pasaba la cuesta La Gavilana.

–Pero vea usted, ya no recuerdo su nombre. No importa. En la gracia del señor debe estar y si me equivoco mejor me lo dice para que nos pongamos de acuerdo y lo lleve a las puertas del cielo –dijo.

–No, señora, tranquila. No hay necesidad de gracias de nadie ni de cielo. Estoy bien.

–No mi varón, no es así, porque de sus costillas sacó dios a la varona así como yo, ¿me está viendo bien? No diga esas cosas que cualquiera que lo oiga dirá que usted es un blasfemo y siento lo buena gente que es. Mire usted que ya estamos llegando a Estelí, ¿hasta dónde va usted?

–Por la gracia de su señor, justo ahí mismo –le respondí.

–Pero no diga que solo es mi señor, porque también es muy suyo y espero que me lleve con bien hasta Teoste.

–¿Teostecacinte?

–Sí, como lo oye, voy hasta allá viniendo de un encuentro con mi señor en Managua –dijo sintiéndose dichosa.

—¿Su señor estuvo en Managua? No me di cuenta, señora.

—Terencia, Terencia para usted... ¡Ay, ya olvidé su nombre!, pero dentro de poquito lo recuerdo, no me diga... ya verá que sí. Pero vea usted, eso que no sepa que mi señor tuvo un encuentro no me gusta, ya se lo he dicho al pastor de mi iglesia que suene las trompetas para que sepa todo el mundo. Todos debemos estar con mi señor —dijo un tanto enojada.

—¿Las trompetas de Jericó? —pregunté malicioso.

—Vaya que usted sí sabe. Usted tiene una buena estampa, mejor que la de mi pastor, si lo fuera yo me quedara con usted, porque el pastor que tengo ya me cambió con una joven. Ya sabe cómo son esas cosas, pero a mi pastor le está permitido que encarrile a las ovejitas que han andado en malos caminos y yo, pues, en Teostecacinte con mi viejo me las resuelvo. Es un buen hombre, pero viera qué desmandado es con sus obligaciones, dice que se las pego con mi señor, pero no es así... mi devoción es tanta que hago estos viajes una vez al mes por un fin de semana completo y regreso lunes, como hoy, muy en paz en la gracia del divino.

La terminal de buses estaba cercana. Anuncié mi parada al ayudante del conductor y me dispuse a salir. Ella me observaba con atención y cuando le pedí su permiso para salir, tomó mi mano izquierda, y dijo:

—Espero verlo en Managua para que me lleve a su iglesia que yo encantada hago viaje desde Teoste...

La observé. Sus cabellos estaban despeinados.

—Mire mi rey, el teléfono del reino de los cielos es el... —

pronunció el número como carreta en bajada. La parada estaba pronta y me solté de inmediato, sin más palabras que el Que le vaya bien, señora.

Cuando bajé y subí las gradas hacia la Cotrán sur al encuentro con los compañeros de ACIC, volví la vista al bus que continuó camino hacia Ocotal. Al poco tiempo apareció Carlos José, tres o cuatro minutos después Helen Cristina, buscando por todos lados al Petrie. Y quince minutos más tarde, Federico.

Disfruté el encuentro de pocos minutos con mis compañeros y enseguida entré al bus de regreso a Managua, abrí mi libro y de pronto, ¡Por todos los santos amigos de dios y del diablo! No puede ser...

Febrero, 2018.